

Federico Nietzsche: Avatares de una víctima póstuma

Lionel Richard

Traducción de MARÍA LUISA JARAMILLO

¿Nietzsche en el banquillo de los acusados de Nuremberg? A Francois de Menthon, Delegado del Gobierno provisional de la República Francesa⁽¹⁾, no le parece anormal imaginarlo realmente en ese lugar. En su exposición introductoria a la audiencia del 17 de enero de 1946, examina los “orígenes lejanos y profundos” del nacional-socialismo. Al lado de la apología de la guerra de Fichte, del “darwinismo vulgar”, de la sacralización del Estado por Hegel, de una propaganda que exalta la “comunidad racial” y la conquista de un nuevo “espacio vital”, se encuentra la influencia “dominante” de “la última filosofía de Nietzsche”, fundada en la “voluntad de poder”. Al predicar la “sobrehumanidad”, Nietzsche llega, según él, a una “selección de los fuertes”, y por lo tanto al “bárbaro moderno, superior por

la inteligencia y la energía voluntaria, liberado de toda moral convencional”.

Si acepta que la filosofía de Nietzsche es más sutil que las teorías racistas de Hitler y sus seguidores, está lejos de estar listo para perdonar lo que ve en ella de nefasto: “Sin duda no se podría confundir la última filosofía con el simplismo brutal del nacional-socialismo. Pero Nietzsche no deja de contar entre los ancestros que reivindicaba el nacional-socialismo y con justa razón, porque, por una parte, fue el primero en formular de manera coherente la crítica de los valores tradicionales del humanismo y porque, por otra, su visión del gobierno de masas por amos actuando sin ningún obstáculo ya anuncia el régimen nazi. Por lo demás, Nietzsche creía en la raza soberana y le daba la primacía a Alemania a la que le reconocía un alma joven y reservas inagotables”.

Bertrand d'Astorg, un brillante ensayista, considera también en 1945, en su *Introduction au*

monde de la terreur⁽²⁾, que es imposible no pedirle cuentas a Nietzsche. Su obra le parece el “mensaje esperado” por los alemanes desde hacía siglos, un mensaje inspirador de “el nuevo orden que se convertirá en los hechos en la totalidad de la Alemania nazi”. Para él esta obra representa “el fuego central del mundo del terror”. ¿Cuál respuesta dar al argumento según el cual, así como sus discípulos aseguran, Nietzsche hubiera vomitado al nazismo si lo hubiera conocido y hubiera reprobado al superhombre encarnado en la SS? Ninguna otra respuesta fuera de ésta: “Un escritor no es solamente responsable de lo que ha dicho, él lo es de todo lo que su pueblo reconoce incansablemente que él quiso decir”.

El problema mayor es que, en todas las acusaciones inmediatamente después de la guerra, la referencia que vuelve incansablemente es *La Voluntad de Poder*. Ahora bien, como lo mostraron Giorgio Colli y Mazzino Montinari quienes, a partir de 1959, trabajaron en Weimar sobre los manuscritos de Nietzsche⁽³⁾, este libro nunca fue concebido por el autor al que le ha sido atribuido. Los fragmentos del otoño de 1887 a enero de 1889 fueron dejados en notas. No pasaron el estado de un vago proyecto. En la primera parte de ellos, hasta la primavera de 1888, Nietzsche se dedicó a una enumeración, pero no corresponde en absoluto a una construcción elaborada. Estos materiales fueron manipulados, desarticulados, mutilados, para ser publicados en 1901 bajo el título arbitrario, llamado a tener un porvenir temible: *La Voluntad de Poder*. Al comienzo de esta malversación está la hermana del filósofo Elizabeth Förster-Nietzsche, la fundadora de los Archivos Nietzsche.

Ironía de la historia, este falso libro ha sido uno de los más comentados. Casi todos sus exé-

getas le imputaron, durante tres cuartos de siglo, “el tema central de la filosofía nietzscheana”. ¿Qué ocurrió con esto en Francia? Este libro fue publicado por Henri Albert en 1904, traducido de nuevo en 1936 por la Editorial Gallimard, ha tenido estos últimos años treinta reimpresiones, sin contar los trozos que se han sacado en innumerables manuales. Geneviève Bianquis, germanista reconocida que firmó la segunda traducción, no duda en escribir en su introducción: “El mismo Nietzsche consideró *La Voluntad de Poder* como su obra más importante”. Y es cierto que un experto en filosofía mucho mejor calificado, Gilles Deleuze, aún en 1968, se negaba a llamar “falsificación” a este resultado de una compilación impúdica.

En la biografía que consagra a su hermano mayor en 1904, Elizabeth Förster-Nietzsche presenta *La Voluntad de Poder* como la obra que éste consideraba el depósito de su propia filosofía. Él la desarrolló, explica ella, durante la guerra de 1870, ante la reacción de un regimiento prusiano que, agotado, no ha vacilado, sin embargo, para lanzarse al asalto. Su concepción fundamental del mundo no es la de Darwin, la idea de una lucha necesaria para la supervivencia, sino la “voluntad de poder”. En este sentido, él era el tipo del prusiano, precisa ella. Era un patriota, un guerrero.

Con justa razón, como lo prueban los acontecimientos que siguieron, Nietzsche desconfiaba de su hermana. Que ella se haya casado con el imbécil racista Bernhard Förster era un signo lo suficientemente alarmante de su ceguera. Su carácter de santurrón limitada lo inquietaba. Él le escribe a Heinrich Köselitz el 21 de abril de 1883, que ella le hizo saber que, si fuera católica, entraría inmediatamente a un convento con el fin de redimirlo del mal que él engendraba con su manera de pensar. Dice él, que ella le dijo: “una hostilidad abierta, hasta que él cambie completamente y se esfuerce por convertirse en un ser francamente bueno”. En el borrador de una carta a su madre, él expresa su fastidio “por estar emparentado con una criatura tan lamentable”.

1. Francois de Menthon, *Le Proces de Nuremberg*, Tomo I, Oficina Francesa de la edición, 1946.

2. Bertrand d'Astorg, *Introduction au monde de la terreur*, Editorial Seuil, 1945.

3. Para Giorgio Colli, que murió en 1979, y Mazzino Montinari, que murió en 1986, ver sus obras en las ediciones Eclat, traducidas por Patrizia Farazzi y Michel Valensi (especialmente *Ecrits sur Nietzsche* de Giorgio Colli y *La Volonté de puissance n'existe pas* de Mazzino Montinari).

Poco tiempo después es incapaz de defenderse de ella. Viuda, se impone en primer lugar para cuidarlo. Luego, cuando él muere, se encarga de todos sus papeles. Se apropia de su imagen y de su herencia intelectual. Nacionalista y belicosa radical, admiradora de Guillermo II, arrastra a su difunto hermano a seguir el mismo camino, él que había sido vilipendiado por el Emperador y que lo despreciaba. En 1914 ella se las arregla para que él sea uno de los primeros escritores que hagan parte de la Biblioteca de los Héroes. Pone en las revistas textos de él que justifiquen la guerra. En 1915 dedica toda su energía a la difusión de más de 20.000 ejemplares de una colección de citas edificantes que ella ayudó a realizar. Las virtudes a las que invita a descubrir a sus lectores en la obra del “compañero de ruta de una época grandiosa” son: la dureza, la voluntad, el patriotismo y el heroísmo.

Después de 1918 continúa con el mismo trabajo de falsaria. Adepta al extremismo de derecha, favorable a los Cuerpos Francos, miembro del Partido Nacional-Populista, adhiere a la leyenda de la “puñalada en la espalda”, con la certeza de que Alemania ha sido vencida porque fue traicionada internamente. La República de Weimar es para ella un horror, la democracia-espantájaros. En 1922, vuelve a enrolar una vez más a su hermano en un nuevo combate por la Regeneración de Alemania: reúne en su libro, *Sobre los estados y sobre los pueblos*, un florilegio de textos contra el sistema democrático.

¡Y he aquí que se entera de que Mussolini, que está conquistando a Italia, reconoce a Nietzsche como su maestro! Lo menos que hace es correr a escribirle para testimoniarle su admiración. Además, le envía fotos de los Archivos. En los periódicos, se pronuncia a favor del fascismo. Entra en contacto con la embajada de Italia en Berlín, que le da una ayuda financiera. El Duce ofrece personalmente una suma de 20.000 libras a la institución que ella dirige con tanto fervor. Con esto se gana los agradecimientos calurosos de Elizabeth. Agradecimientos a él así como a Italia, que siempre fue —precisa ella—, “el país preferido” de su hermano.

En enero de 1932, la obra de Mussolini, *Los Cien Días*, se presenta en el Teatro Nacional de Weimar. Elizabeth espera con entusiasmo la llegada del autor. Pero es otra personalidad de marca la que honra con su presencia la inauguración de las presentaciones: Hitler. Después del estreno, aparece ante su puerta con un ramo de flores. ¡Atención bien merecida! El conde Kessler anota en sus *Cuadernos*, el domingo 7 de agosto de 1932, que éste fue a visitar a la señora Förster-Nietzsche, y que ésta le confió que en los Archivos todo el mundo era nazi, “desde el subalterno hasta el jefe”. Con excepción de ella, sin embargo, que siempre había sido “nacional-populista”. Esto lo atestigua el conde Kessler, que se entera también de que la viuda de Guillermo II, la emperatriz Herminia, ha sido invitada próximamente a tomar el té: “He aquí en lo que se volvieron Nietzsche y los Archivos Nietzsche. ¡Dan ganas de llorar!”.

La colusión de Elizabeth y, por medio de ella, del nombre de Nietzsche con la extrema derecha, más particularmente con los nazis, es cada vez más evidente a medida que pasan los años. Para las elecciones presidenciales de 1932, se lanzó un llamamiento en el periódico nazi *Völkischer Beobachter* bajo el título *El mundo intelectual alemán vota por Hitler*. Entre las personas que firmaron se encuentra Carl August Emge que era en ese momento titular de una cátedra de filosofía del derecho en Iena y presidente del Consejo científico de los Archivos Nietzsche, en otras palabras, su director. ¿Por qué firmó? Él explica que debe al “estudio de las ideas de Nietzsche sobre la evolución y el ocaso de las culturas”, su aprecio positivo al movimiento nacional-socialista.

Así fue como la villa Silberblick, en Weimar, se convirtió en el lugar de culto a Nietzsche más importante, pero de un Nietzsche pervertido, y al mismo tiempo este lugar se convirtió en uno de los templos sagrados de la propaganda nazi. Esto, por otra parte, en armonía con la evolución política de Turingia, primer estado regional que tuvo, en 1932, un gobierno nacional-socialista.

En 1933 y 1934, año de la víspera de la celebración del 90º aniversario del supuesto autor de *La Voluntad de Poder*, varios dirigentes nazis, entre ellos Hitler y Rosenberg, hacen a Elisabeth el honor de ser sus huéspedes. Durante la entrevista de Hitler y Mussolini en Roma en 1934, ésta le envía el siguiente telegrama: “El alma de Federico Nietzsche sobrevuela sobre el diálogo de los dos hombres de Estado más grandes de Europa”.

Elizabeth murió a los 89 años, el 8 de noviembre de 1935. Sus exequias se celebraron con solemnidad y Hitler asistió a ellas. Ésta tenía dos sobrinos, Max y Richard Oehler, ambos nazis. Richard, supuestamente filósofo, va a escribir artículos y libros celebrando al “patriota alemán” Nietzsche, y su “combate cultural contra el bolchevismo mundial”. Pero es Max el que toma la dirección de los Archivos. Mantiene la villa Silberblick en la religión que le fue otorgada desde hace más de un decenio. Gran recompensa: Rosenberg inicia, el 15 de octubre de 1944, las ceremonias organizadas para el centésimo aniversario del gran hombre en el Teatro Nacional de Weimar. Desafortunadamente, el álbum ilustrado que se había previsto para la ocasión fue destruido por los bomberos cuando todavía no se había terminado, de manera que no pudo aparecer.

En 1995, en una obra muy documentada, *Triunfo de la Voluntad de poder*, Marta Zapata Galindo observa que durante mucho tiempo, contrariamente a una idea muy difundida, las relaciones del Tercer Reich con Nietzsche no fueron seriamente analizadas. Para la mayoría de los filósofos alemanes posteriores a 1945, estaba bien, en rigor, preguntarse si Nietzsche debía considerarse o no como uno de los precursores de la ideología nazi. Pero poco les importaba la manera como éste había sido utilizado. El Tercer Reich no había sido, para ellos, sino la instigación de una barbarie; ni la inteligencia ni la filosofía podían haber florecido allí, y no valía la pena insistir en el supuesto “pensamiento” que allí se manifestaba.

Los universitarios que habían continuado alegremente su carrera después de 1933 confirmaban esta visión de las cosas por su comportamiento después de la guerra. Así se hagan pasar, como Heidegger, Gadamer y muchos otros, por una especie de emigrados del interior, o por antifascistas enmascarados como tuvo el descaro de decir el famoso Emge de los Archivos Nietzsche, todos ellos reprimían el período y toda reflexión profunda sobre ella. En cuanto a los fieles admiradores de Nietzsche, se contentaban con constatar que su ídolo había sido profanado, sin tratar de mirar cómo.

Es por esto por lo que Marta Zapata Galindo se puso como objetivo reconstruir la imagen global de Nietzsche entre 1933 y 1945 a partir de todos los artículos que se le consagraron. Su estudio atento de los textos la autoriza a concluir que los exégetas y comentaristas nazis pudieron, desde sus puntos de vista, expresar diferencias, pero la gran mayoría se puso de acuerdo en lo esencial. Esto dio como resultado que el pensamiento de Nietzsche fue adaptado a los slogans ideológicos del Tercer Reich, de manera que su esquematización y su falsificación contribuyeron a volver fascista a la sociedad alemana.

Todavía no es necesario tratar de comprender por qué esta falsificación fue tan fácil, y el mérito es para el israelita Steven E. Ascheim que muestra en una rica y apasionante síntesis, *Nietzsche et les Allemands*, que el autor de Zarathustra fue sacralizado mucho antes de la Alemania nazi. En su extensión, esta sacralización no logró el culto que se le rindió a Bismarck, pero su esplendor fue intenso. Desde finales del siglo XIX, lo que se llamaba el “nietzscheísmo” no era una ideología política particular, que portara un partido o un movimiento. No podía serlo. Pero se afianzó debido a su ausencia de dogmas, justamente, en todos los terrenos de la vida institucional y social. Nietzsche incluso llegó a ser el tema de varias obras de teatro, algunas veces críticas o satíricas y otras trágicas. Una de ellas, en 1986, procede del célebre escritor naturalista Arno Holz.

Muchos de sus aforismos, o sus títulos de libros se decían todos los días como lugares comunes. Una especie de familiaridad con vagas ideas nietzscheanas se caía de su peso. Ella se traducían hasta en el empleo de cierto vocabulario. “Más allá del bien y del mal”, “superhombre”, “voluntad de poder”, “transmutación de los valores”, eran algunos de los clichés que atravesaban el habla cotidiana de los estudiantes. Tanto en los círculos liberales como en los medios socialistas, se apostrofaba a sus adversarios con una expresión como “bestia rubia”. Se les reprochaba una “moral de Señores”.

Bajo la República de Weimar, la extrema derecha propuso una imagen “nacionalizada” de Nietzsche. Era el representante del “germanismo”. En 1926, un nazi, Franz Haiser, publicó *La cuestión judía desde el punto de vista de la moral de los Señores* y fue a buscar en *El Anticristo* y en *La Genealogía de la moral* todas las citas que podían referirse a la “desnaturalización” de los judíos. En un libro sobre “los parásitos sociales en la vida de los pueblos”, un filósofo, Arno Schickedanz, definió la naturaleza del judaísmo como “una destrucción en marcha” y la de la “germanidad” como “el impulso de la vida”. Evidentemente esta oposición no puede llevar sino a un enfrentamiento puesto “que la única y santa ley” del ser alemán es, principio nietzscheano, que se convierta en lo que es.

Nietzsche se integró así al patrimonio nacional-socialista antes de la llegada de Hitler al poder. Por lo demás, lo es oficialmente desde 1931. En los *Cuadernos mensuales nacional-socialistas*, la revista teórica del partido nazi, se reivindicó como un “precursor del movimiento”. Un testigo judío de la época, Arthur Prinz, subraya con espanto, en un artículo de 1932, la abundante requisición de temas nietzscheanos para propagar el antisemitismo y la exclusión de los judíos de la sociedad alemana.

A partir de 1933, Nietzsche es introducido en el panteón de los grandes espíritus de Alemania. Un filósofo nazi ciento por ciento y bien plantado, Alfred Bäumler, es el encargado de la

edición de sus obras completas. En 1934, termina un artículo con esta frase: “Cuando aclamamos con los *Heil Hitler* a la nueva juventud que desfila, saludamos al mismo tiempo a través de estas palabras a Federico Nietzsche”.

Al falso autor de *La Voluntad de poder* se acude para justificar otras iniciativas fuera del antisemitismo, y que están incluidas así como este último en una lógica de la destrucción. Este es el caso para la exterminación de los débiles, de los enfermos, de los “degenerados”.

Desde 1920, los partidarios radicales del eugenismo, de la eutanasia, sacaban referencias de Nietzsche para apoyar su convicción de que un enfermo era un parásito social. Cuando los nazis llegan al poder, las llamadas bases intelectuales de una “revitalización” de la sociedad están pues, mediante la falsa autoridad de Nietzsche, ya establecidas. Ejemplo característico, un siquiatra e “higienista”, Kurt Hildebrandt, que se había leído en 1920 una obra llamada *Normalidad y degeneración en el ser humano*, considera a Nietzsche, en 1941, a través del “predicador de la voluntad de poder”, como un partidario de “la exterminación de los degenerados y de los débiles”.

Ciertamente, una corriente conservadora que existió desde finales del siglo XIX veía en Nietzsche a un personaje demasiado mórbido para la sociedad alemana. Los alemanes en esta óptica, sólo podían oponerle sus valores tradicionales, nacionales y religiosos. Una parte de esta ala conservadora, bajo el Tercer Reich, al mismo tiempo que adhirieron al poder nazi, rechazaron el culto que se le rendía oficialmente a Nietzsche, incluso lo criticó abiertamente. Consideraban a Nietzsche anticristiano, filosemita, francófilo, nihilista. En pocas palabras, como un espíritu antinacional.

Sin embargo ¿cuál fue la fuerza de esta corriente? Arno Münster, en un pequeño libro muy claro y con buenos argumentos, *Nietzsche et le nazisme* (ed. Kimé, 1995), subraya todo lo que él consideró como “minoritario”. Sus represen-

tantes pudieron hacerse escuchar a pesar de la línea oficial, pero sus voces eran más bien “débiles”. Prueba de ello es la venta colosal de las obras que llevaban la firma Nietzsche bajo el Tercer Reich. Desde 1939 a 1943, sólo las ediciones Kröner anuncian que han vendido 250.000 ejemplares, de los cuales 150.000 solamente de *Así hablaba Zaratustra* y 50.000 de *La Voluntad de poder*.

No es sorprendente que, desde 1946-1947, Nietzsche se convierta para algunos escritores alemanes, como Thomas Mann, en un tema de reflexión sobre el destino de Alemania y de su

cultura, y de que algunos de ellos propongan que sea rápidamente “desnazificado”. La apropiación que su hermana Elisabeth y los nazis hicieron de Nietzsche permite comprender las palabras de Karl Jaspers en 1950, filósofo que tomó distancia frente al Tercer Reich y que planteó el principio de una “responsabilidad alemana” esforzándose por reflexionar de diferentes formas: “Lo que fue la moda de Nietzsche dejó de existir, su gloria quedó. Pero si cuenta, es por su destino fatal, y para muchos, aún hoy en día, por el peligro que representa”.

Tomado del *Magazine Littéraire*
Nº 383 de enero de 2000

